

Históricas Digital

“La transición”

p. 159-184

Latinoamérica. Una interpretación global de la dispersión en el siglo XIX

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1978

440 p.

Serie Historia General 10

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de febrero de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/169/interpretacion-global.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SEGUNDA PARTE



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA TRANSICIÓN

1. *El resultado de la independencia*

Los casos específicos que hemos tratado, México, Gran Colombia, Haití, Argentina, Chile, Perú, son suficientes para caracterizar la época. Ligeras diferencias obtendríamos, de continuar relatando, que no alterarían de manera fundamental las afirmaciones hechas en un principio.

Debemos adentrarnos ya en la etapa que sigue y volver a la síntesis que nos interesa. Ésta, que se abre después de la independencia y que comúnmente es llamada “el periodo nacional”, es calificada por muchos historiadores como caótica, otra la consideran anárquica, algunos como el periodo de los caudillos, otros hablan simplemente de dictadores. ¡Muchos calificativos! Algo hay de todo ello, pero también faltan ingredientes.

Quizá se pueda comprender mejor este fenómeno si se piensa que en él las naciones americanas, habiendo logrado la independencia y terminado la etapa destructiva, se enfrentan con la necesidad urgente de construir y sustituir todo aquello que se derrumbó. Se había roto con el gobierno colonial de una buena vez por todas y no se podía dar marcha atrás. Se había roto también con la posible



solución monárquica. Sintiéndola, o no, no quedó otro remedio que pensar en la república para todos los países de América.

En realidad, de entre las ruinas de la destrucción aparecían pasos importantes. Las naciones eran, por lo tanto, repúblicas y todos los proyectos de monarquías con raíz extranjera o nacional habían fracasado o fracasarían.

En este punto se encuentra una uniformidad que no siempre ocurría ni estaría por ocurrir en los países latinoamericanos. Quienes por modernidad, abogaron por la república la encontraban ahora, pero los tradicionalistas conservadores se convertían a ella porque no había otra opción.

Éste fue el momento crítico de América toda, porque se encontraba en el punto de arranque. De haberse contactado con otras circunstancias históricas se hubiera podido conseguir un punto de partida común pues era el momento de pensar en grande, enlazando las historias nacionales entre sí y aplicando de alguna forma los sueños de Bolívar y del chileno Camilo Henríquez y el argentino Manuel Dorrego para lograr la unidad y la fortaleza de Latinoamérica. Las naciones en particular, y en conjunto, hubieran tenido objetivos concretos que perseguir dentro de una línea de conducta republicana.

Lo malo fueron los residuos de la sociedad colonial que se adaptaron a la sociedad independiente. Hemos apreciado en cada uno de los países estudiados cómo quedaron en pie oligarquías aristocráticas que no fueron afectadas de manera grave por las guerras de independencia. En algunos casos manejaron ellas mismas las juntas gubernativas condicionando, así, el futuro; en otros, entraron de lleno a la dirección política al discutir con las audiencias todavía participaron de los grupos guerreros y movieron sus peonadas a la lucha; de todas maneras contaron con la fuerza de nuestras naciones. Identificamos en ellos a



los republicanos conservadores, pues nada tenían que ganar con el liberalismo. Acostumbrados al mando veían en la república conservadora y centralizada la evolución natural de la colonia a través de las guerras de independencia. Fueron ellos también los que, hasta el último momento, apoyaron la posibilidad de establecer monarquías nacionales y que admitieron el fracaso de esa forma de gobierno pero, de ninguna manera, aceptaron que ello significara el término de sus funciones de mando.

Por otro lado, identificamos otro elemento social que forma la oligarquía, importante en ese periodo, de los profesionales y comerciantes que reflejaron la auténtica modernidad y que admitió, aun cuando fuera por conveniencia, la filosofía de su época, el libre comercio y la libertad política yendo más allá que en los casos anteriores. Eran los extremistas de América que acentuaban la libertad concordando, incluso, con los regímenes federales si fuera necesario. Estos grupos con menos fortaleza económica tradicional —cifrada en la posesión de la tierra, pero representantes de un poder económico más moderno e idealizantes de los Estados Unidos— estaban destinados a enfrentarse con la vieja oligarquía agraria en la fundamental discusión centralismo contra federalismo. Pero también por menos poderosos y seguros de sí mismos, políticamente, estaban dispuestos a recibir influencias extrañas que consolidarían su postura dentro de sus países y se situarían en la alta política de los mismos. Fueron estos grupos los que facilitaron la entrada de cuanta tendencia extranjera pudiera llegar. Así pues, fueron campo fértil en el que germinaron las logias masónicas o en el que encontraron eco las naciones europeas que venían en busca de influencia política económica, como fue el caso de Inglaterra y también de los Estados Unidos, cuya actuación complicó el cuadro desde un principio.



La tercera oligarquía importante fue la militar que nuestras naciones heredaron de la colonia o de la guerra de independencia. En unos casos, militares de la colonia, como fueron el propio Iturbide o Bolívar, pertenecientes a las familias pudientes o, en otros, hombres que se hicieron en las guerras de independencia de las que derivaron el poder militar para reclamar después el poder político. A veces formaron parte de las oligarquías por simple matrimonio, con miembros de las familias de alcurnia que los convertían en defensores de sus intereses y de su pensamiento. Cuando éste no era el caso era su prestigio militar y la fuerza adquirida lo que les abría camino hacia los puestos de preponderancia. Ahí está, en parte el origen de las asonadas. En otras ocasiones eran utilizados por poseer la fuerza que usaron aquellos que sólo contaron con prestigio y que, sin fuerza, no se podían imponer.

El periodo que estudiamos viene a ser la expresión de los esfuerzos de los miembros de las oligarquías por alcanzar el poder. De nuevo volvemos a plantearnos la pregunta de rigor, ¿dónde está el pueblo? Éste constituye la masa que hierve por debajo de todo agolpándose por obedecer al señor de quien depende, o que le puede pagar su servicio. Aunque, teóricamente, es de suponerse que la soberanía de las naciones radica en el pueblo, no podemos decir que éste sea el caso de Latinoamérica porque es aplastado y manejado por las oligarquías y por ello lo hacen participar en sus luchas.

Sin embargo, esta complicada red de intereses, que se mantienen en pie hasta llegar el medio siglo, se puede explicar al analizar los fundamentos verdaderos de la agitación del periodo.

Es característica del continente el que no hay una base común de acción, pero desgraciadamente tampoco la encontramos dentro de cada una de las naciones. En ellas se enfrentan dos líneas de pensamiento. Por un lado quienes son partidarios de mantener las formas coloniales, a



pesar de la república, y por el otro quienes prefieren el cambio a toda costa.

Debajo de estas dos conductas se reflejan de manera obvia las dos posturas de pensamiento que, preocupadas por el problema social lo hicieron motivo de estudio y de actividad política.

El fondo de todo se encontraba en la filosofía de la Ilustración que se preocupaba por la responsabilidad de las clases acomodadas frente a las no acomodadas.

Los grupos conservadores eran partidarios de mantener un tradicionalismo histórico y, en consecuencia, de perfeccionar las instituciones coloniales. El procedimiento consistía en depurar el espíritu: guiados por el rey como patriarca cristiano, los señores de las haciendas, los caciques y los *pater familias* se convertían en los protectores cercanos de la población humilde e inculta. El régimen colonial debía ser reeducado en los ideales cristianos para combatir los males sociales y entre ellos al propio liberalismo. Se llegaba a admitir el establecimiento de la república siempre que fuera basado en los principios paternalistas y no en los de la libertad generalizada que en la práctica, creían, serían la causa del abandono de los desheredados.

Como esta postura significaba, para los partidarios del cambio, mantener los privilegios de la clase señorial —y sin admitir la igualdad, producto de la actividad individual y social libre, protegida por el derecho—, había que transformar la sociedad radicalmente y también las leyes y las instituciones que eran contrarias, por tradición, al libre juego de las fuerzas individuales y sociales que, de no estar sometidas a presiones, podían producir la felicidad de todos. Los problemas concretos de personas y grupos pensaban que serían solucionados de manera natural al dejarse en libertad y garantizarse el libre albedrío de los individuos así como su igualdad legal por que, al



actuar dentro del marco jurídico adecuado, alcanzarían la propiedad y la cultura. En consecuencia, la Iglesia y el espíritu cristiano tenían que admitir los principios de libertad y de espontaneidad para no detener el desarrollo de la sociedad y del individuo mismo.¹

Hay que observar cómo la síntesis de estas dos posturas consiste en aceptar la libertad y la igualdad de manera general por parte de los liberales, que chocaron con los conservadores que pretendían limitar y condicionar los dos principios a una actitud paternal aristocrática, tradicional en la historia de América desde el momento de la conquista.

A esas dos corrientes en pugna, se supeditaron todas las cuestiones relativas a la organización política tanto hacia el exterior, ante el que debía definirse la naturaleza de las naciones, y también la interna, porque se requería poner en función un estado del que se derivaban los problemas jurídicos, sociales, económicos, e institucionales resultantes de la evolución histórica. Cualquiera de esas dos tendencias matizaría las soluciones de manera diferente si llegara a imponerse.

Con diferencias cronológicas de poca importancia, América Latina emprendió su vida independiente haciendo entrechocar las dos corrientes después de romper con la metrópoli. La lucha produjo un problema íntimo que se representa por la tradicionalidad evolutiva natural y por la modernidad, que requería un cambio capaz de sacudir al continente entero para sacarlo de sus lineamientos rutinarios.

El choque no fue instantáneo después de la independencia, sino que se prolongó con violencia dentro de la primera mitad del siglo XIX. Por ello se nota dividido al grupo dominante americano que se hace la guerra, unas veces

¹ C. Griffin, *El periodo nacional en la historia del Nuevo Mundo*, p. 78-79.



por ambiciones locales, otras por rivalidades de los señores pero siempre en pos del poder y generalmente del poder político en sí. De ahí, que resultara una experiencia diversa para cada una de las naciones y que no se lograran consolidar instituciones propiamente dichas. Chile éinergió con un poder ejecutivo fuerte y la estabilidad política fue independiente del prestigio personal de sus dirigentes. El ejemplo del Paraguay muestra cómo se basó la estabilidad en la dictadura personal. En México, Centroamérica, Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Uruguay la dictadura fue interrumpida por las guerras civiles y por la existencia de gobiernos débiles e ineficaces, o sea por la lucha por el poder ejercido por señores con menor fuerza que los que gobernaban, o por protesta de los demás estamentos que se levantaban irados contra los gobernantes.

En algunos países se formaron partidos políticos poderosos rivales del poder como en Uruguay, Chile, Colombia. En otros, los partidos representaron puntos de vista generales y fueron en realidad dominados por la personalidad fuerte de sus directores, como sucedió en los casos de México, Centro América, Venezuela y Perú.² A pesar de todo, el periodo representó, sin duda, experiencia para el Continente. Al terminarse la época se había logrado una madurez que hubiera sido de desearse en el momento en que se terminó la guerra de independencia.

Pero hay que notar cómo, a mediados de siglo, se contaba con un cambio completo de generaciones. Quienes habían vivido la colonia ya no estaban, aquéllos que participaron en las guerras de independencia desaparecían. Asimismo no había influencia activa del ambiente colonial y el arrastre de los años pasados era de menor peso, en esta circunstancia se hacía posible oponer los principios y las ideologías en sí, de manera que lo que se enfrentara fuera

² C. Griffin, *El periodo nacional en la historia del Nuevo Mundo*, p. 79.



el liberalismo y el conservadurismo con todas las manifestaciones propias que los distinguen.

Llama la atención del estudioso, notar cómo, de pronto, se abre una nueva época donde hasta la manera de razonar y de escribir se diferencia. Era el ambiente nuevo de mediados de siglo que hizo efecto y permitió reformas como la de México en 1857, que constituyeron un complemento a la declaración de independencia. Por eso la Reforma mexicana dio lugar a una consciente declaración de independencia jurídica que no se había podido llevar a cabo por quienes declararon la independencia de las naciones americanas en 1808. Si lo hubieran hecho se habrían obligado, ellos mismos, a cambiar su propia manera de ser.

2. *Bolivia, dictadura por excelencia*

Bolivia puede ser considerada como un caso extremo en cuanto al florecimiento de las dictaduras en las historias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XIX. Su historia aporta pocas contribuciones a los problemas generales de la historia de América Latina en la primera mitad de ese siglo, debido a que su independencia fue consecuencia de los movimientos bolivarianos al desprenderse el mariscal Sucre hacia el alto Perú y obligar a Bolívar a reconocer el decreto de 9 de febrero de 1825 que, al reunir a la Asamblea Nacional en Chuquisaca el 24 de junio, inició la vida independiente del área.

En esa Asamblea se debatió la tendencia, partidaria por un lado, de acercarse a la unidad de Río de la Plata y, del otro, aquella partidaria de hacerlo hacia el Perú. Triunfó la primera y llamó a la nación “República Bolívar”. Después de gobernarla Bolívar durante cuatro meses, el mando pasó al mariscal Sucre.



El sistema representativo no cuajó y pasaron los ejemplos políticos de lo que hacían los peruanos y, como ellos aprobaron conceder un millón de pesos para premiar a los vencedores de Ayacucho, el arruinado gobierno boliviano no pudo seguir el ejemplo. Ello promovió un sinfín de motines y, sobre todo, acentuó la inclinación hacia el Perú. Al caer el mariscal Sucre del gobierno, un ejército peruano al mando del general Gamarra invadió Bolivia y firmó el Tratado de Piquiza (1828) que cerró la etapa representativa de la historia de Bolivia.

Con Andrés de Santa Cruz, sucesor de Sucre, se inició el periodo autoritario, militar y civilizador, condicionado por el Tratado de Piquiza en su política. Las mismas tendencias autoritarias siguieron con Ballivián, quien en la victoria de Ingavi (1841), logró liberar a su nación de la imposición peruana. Ello reforzó, como era natural, la fórmula autoritaria de gobierno que Belzú llevó a extremos absolutos.

El recorrido político continuó con el general Jorge Córdova (1855), que al tratar de conciliar las tendencias políticas extremas provocó la anarquía en el país. Siguió una reacción civilista con Evaristo Valle y Linares que abrió la compuerta al más clásico espíritu cuartelario con Mariano Melgarejo, quien se manejó exclusivamente con el ejército.

Mariano Melgarejo representa una de las figuras bolivianas del siglo XIX, que pueden quedar a la altura de los más grandes dictadores de Latinoamérica. A pesar de que se pueda hablar infinitamente de sus hazañas, logró encaminar a su manera, el país hacia la conciencia nacional. Ciertamente se vio obligado a sacrificar territorio nacional, pero ello fue un mal menor.¹

¹ Wilgus, *South American Dictators*. George Washington University Press, 1937, p. 334.



Un hombre con muchos problemas de equilibrio en su carácter, causantes de su apasionamiento y violencia, de su bohemia y de su crueldad.

Tiene sus amigos y sus innumerables enemigos. Sin embargo los unos y los otros son de la opinión de que Mariano tenía en él la estirpe del verdadero señor y del académico potencial, un gran guerrero, y todavía un mejor estadista. Estaba viciado por demasiado afecto materno, por asociarse con la familia de su madre y por el estigma que llevaba a la bastardía. Por ser hijo de la pasión también se convirtió en un esclavo de la pasión, y en vicioso absoluto de bebidas fuertes y de mujeres. Los pecados de sus padres, si es que puede uno ser tan anticuado como para referirse a este hecho, se reflejaban ciertamente en él. La necesidad de emociones, el deseo insaciable de aventura y el gusto por la emoción del mundo bohemio le hicieron un esclavo por su propia voluntad. Sus mayores crímenes se cometieron bajo la influencia ciega del licor y de la pasión: sus actos en momentos de orgías se caracterizarían solamente en el prostíbulo. La opinión es poco menos que universal en cuanto a que Melgarejo poseía una personalidad graciosa y agradable. Era generoso, compasivo, simpático y caballeroso hasta el límite cuando estaba sobrio. Había mucho de verdadero poeta en él: el trovador y el “minnesinger”. El magnetismo de su personalidad era casi irresistible, su poder sobre hombres y mujeres casi increíble.²

Militar desde muy joven, fue admirador de José Ballivian, a quien ayudó en contra de Velasco. Melgarejo, a pesar de su admiración, se enfrentó a Ballivian por su conducta dictatorial. Estaba amenazado de muerte por Belzú, contra quien había conspirado. Belzú lo perdonó por presiones de la ciudad de Cochabamba y poco después dio el golpe de estado (27 de marzo de 1865) convirtién-

² Wilgus, *op. cit.*, p. 334-345.

dose en héroe del ejército y encarnando el militarismo boliviano con todas sus consecuencias.

Invocó para su golpe de estado la constitución democrática de 1861, opuesta por su antecesor Achá. El golpe de Melgarejo fue la respuesta al desprecio de su antecesor por los principios constitucionales. Por ello, en diciembre de 1864, se inició la revolución en la que Melgarejo tomó el palacio presidencial el 28 de ese mes y, al día siguiente, se proclamó presidente provisional de Bolivia, según explicó para poner fin a la tiranía intolerable de Achá.

El primer paso de Melgarejo al tomar el palacio, fue entregarlo a sus soldados para que lo saquearan en su totalidad e impuso contribuciones muy alzadas a la ciudad de Cochabamba para mantenerlos.

A los pocos días, 3 de enero de 1865, dio su primer paso gubernamental, al suspender el consejo municipal de Cochabamba y el 30 del mismo mes extendió la medida a todos los municipios del país.

La época de Melgarejo sufrió, además, de los resultados de la situación interna, la Guerra del Pacífico que llenó el periodo de 1864 a 1874, en la que se impuso la preponderancia chilena en consecuencia de lo que, después de algunos reveses, Bolivia quedó encerrada sin salida al mar, lo que ha sido la tragedia de su historia futura. Economía destrozada y ejército deshecho fueron las características de la nación hasta el fin del siglo.³

Por si ello fuera poco, todavía hay que tener en cuenta las incogruencias que resultan de sus decretos, que van desde la abolición del Consejo de Estado, por ser un obstáculo para la buena administración, hasta la creación de profesorado en todas las academias de la república. Trató de reglamentar la Iglesia, los cementerios, hizo proclamas internacionales, declaró traidores a todos cuantos tomaran

³ Mario Hernández Sánchez-Barba, *Historia Universal de América*. Madrid, Ed. Guadarrama 1963, v. II, p. 320-321.



posturas opositorias, estableció la censura, declaró estar dispuesto a mantener la paz con o sin la fuerza, pues si el país no se amoldaba a su forma de gobernar, tendría que atenerse a las consecuencias. El pueblo podía estar seguro, declaró, de que cumpliría con su deber conservando el orden y reprimiendo las revoluciones.

Al año de haber tomado el poder, o sea el 24 de enero de 1866, convocó la Asamblea Nacional dictando los reglamentos que se utilizarían para llevar a cabo las elecciones nacionales. La Asamblea tenía como obligación el escrutinio de las elecciones y debía redactar una nueva Constitución. Las tierras de los indios debían ser vendidas en favor del gobierno, en caso de que los indígenas no pudieran presentar sus títulos de propiedad. En esta forma se acumularon los decretos, algunos de ellos contradictorios, pero todos comprobación suficiente del poder omnímodo de Melgarejo, quien llegó hasta conseguir que la Corte Suprema decretara que su dictadura era legal. No hubo bastante con ello, sino que llegó a desautorizar la Constitución de 1861 al declarar que ésta, a pesar de estar en pie, no podía evitar, en un país dirigido por un dictador, los actos de éste en contra de los prefectos de la república. Más tarde, en 1868 la Asamblea Nacional se declaró constituyente el 11 de agosto y proclamó a Melgarejo presidente provisional, aprobando todos sus decretos administrativos, desde el 28 de septiembre de 1864 hasta el 6 de agosto de 1868. Claro que acabaron felicitando a Melgarejo por haber mantenido el orden y haber servido a la causa americana en forma admirable.

Se hizo la nueva constitución, se convocó a elecciones, se establecieron consejos municipales en todas las capitales de las provincias de la República y se aprobó el presupuesto del año 1868-1869. Pero en diciembre de 1868, Melgarejo lanzó un decreto por el que suspendían todas las garantías constitucionales y se otorgaban poderes dic-



tatoriales. El resto fue la consecuencia: suspender la Constitución de 1868 y hacerse dictador en ese momento, explicando, en el preámbulo del decreto, que las condiciones en que se hallaba la República requerían ese paso provocado por las actividades de los demagogos y de los líderes de partidos.⁴

Melgarejo cumplió con su papel de dictador a la perfección, el melgarejismo significa, en la historia, el deseo de someterse a persecuciones, deportaciones, espionaje y delaciones. Se caracterizó por sanguinario y anárquico, de tal manera que el público tuvo que apreciar las muy pocas libertades que se le mantuvieron por gracia del caudillo. En esa forma se convirtió, según periódicos, en el primer ciudadano de América y el Gran Capitán de los siglos, pues había desterrado las revoluciones y asegurado la paz y la prosperidad a su pueblo, a su manera claro está.⁵

Escapó del asesinato múltiples veces hasta que, como era de esperarse, murió asesinado por su propio yerno el general José Sánchez, en Lima el 23 de noviembre de 1871, debido a problemas internos de sus familiares, que llevaron al asesino a la Presidencia.

Como en todas las dictaduras, no sólo la personalidad del dictador es definitiva, sino la forma en que manejan los intereses de quienes pueden apoyarlos. Así pues, bajo el gobierno de Melgarejo el poder político fue codiciado, porque abría la posibilidad de nuevas y provechosas corrupciones. Había comenzado la explotación del salitre dando lugar a concesiones que se hicieron a casas extranjeras; también se echó mano a las tierras de las comunidades indígenas y se organizó su venta, provechosa para los compradores.

⁴ Wilgus, *op. cit.*, p. 336-339.

⁵ Wilgus, *op. cit.*, p. 345.



Muerto Melgarejo, pareció posible volver a la tutela política de Adolfo Ballivian dirigente de las oligarquías urbanas privadas, y en 1876 se regresó a la dictadura militar del general Daza, que trató de aliviar las penurias económicas del país obteniendo más de los concesionarios del salitre, quienes se pusieron, por ello, en manos de Chile, que se apresuró a ayudar. Así se provocó la guerra de Chile contra la alianza peruano-boliviana.⁶ Esa guerra terminó con las esperanzas bolivianas para el futuro.

La segunda mitad del siglo XIX boliviano, no puede ser más violenta. En él se aprecia la imposición de la fuerza bruta disputada entre los hombres de “prestigio”. Carlos Pereyra, en su *Historia de América*, matiza todavía el procedimiento al decir que el país, por su población escasa y aislada,

tenía que caer bajo el puño de insensatos como Belzú el terrorista; como Agustín Morales, que arrojaba su caballo para pisotear a Belzú herido; como Melgarejo, que mataba a ese mismo Belzú y sobre su cadáver se proclamaba dictador; como Hilarión Daza, que discutía dando golpes para persuadir a su interlocutor. Todas estas ¡fieras! se glorificaban ¡capitanes del siglo!, y ¡bravos guerreros de los Andes!, o bien, ¡valientes entre valientes!⁷

La guerra con Chile dio preponderancia al general Narciso Campero, que había sido preparado en Europa y cursó sus estudios en la Academia Militar. Con él, se cerró el capítulo de los caudillos clásicos, pues se acompañó de hombres de cálculo que llevaron la política a otro plano. Ellos fueron Pacheco, Arce, Batabista y Fernando Alonso, Pando, Villazón y Gutiérrez Guerra.

Dentro de las violaciones hubo cambios en ese periodo, y entre ellos puede tenerse en cuenta el que las violaciones

⁶ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 267.

⁷ Carlos Pereyra, *Historia de América*, p. 597.



fueran ahora cometidas por un civil como “Arce el boliviano de hierro”. Entre los muchos actos violentos se encuentra el asesinato, con matices de misterio, de Hilarión Daza que en otras épocas pudo tener matices escandalosos.⁸

3. *Síntesis de la historia latinoamericana del siglo XIX en su segunda mitad*

Todo indica que, hasta la mitad del siglo XIX, una de las fuerzas determinantes de la historia de América Latina ha sido el señor y el afán de poder. De hecho, ese afán de poder se despierta al extenderse la conciencia de que no se puede restablecer la monarquía y que América, toda, queda a su libre albedrío, esto es al de los “señores”. El choque de los señores entre sí, y el deseo de justificar sus acciones de mando y de poder, los lleva a tomar posiciones para ellos poco comprometedoras de políticas conservadoras o liberales existentes en el ambiente que, como se ha visto, tienen poca consecuencia.

Del estudio se deriva que esta polémica política de “señores”, poco convencidos por la ideología, se prolonga a lo largo del siglo e incluso penetra en el siglo XX. La plataforma de acción de los señores se matiza y cambian los procedimientos con el tiempo que transcurre y, aunque el contenido de la lucha siga siendo el mismo, los métodos de aplicarla se alteran. Resulta que en el aspecto de la violencia pueden modificarse en algunos lugares, la incidencia de los hombres de espada o de lanza es a veces menor y las actitudes civilistas parecen acentuarse poco a poco con el tiempo. Asimismo también se nota un mayor esfuerzo idealista en la secuencia de las constituciones, donde se busca limitar y aun detener los golpes de estado

⁸ Pereyra, *op. cit.*, p. 597.



y de autoridad, también se trata de detener a los gobernantes autoritarios, aun cuando poco se pueda decir en cuanto a que fueran verdaderamente limitados en sus acciones y menos evitados.

De hecho se formó un ámbito favorable y simple en su manejo para que América Latina se convirtiera en presa de las grandes naciones extranjeras.

Hasta la mitad del siglo XIX América Latina, salvo en casos muy concretos, concentró su atención en esa política de rivalidades y de señores y de poder, sin sentir que se favorecían contactos poco escrupulosos con el mundo externo. Ello costó a México perder la mitad de su territorio; a la Argentina las Malvinas; al Perú con posterioridad su enfrentamiento con Chile y a Bolivia su costa del Pacífico, por no hablar más que de los casos sobresalientes.

Por otra parte, América Latina recibió desde principios de siglo las consecuencias de la revolución industrial inglesa y del comercio provocado por ella, tanto de extracción como de productos elaborados. ¿Hasta qué punto nuestro continente se dio cuenta del significado de ese comercio inglés? Es de dudarse pero también lo es si se avaluó deliberadamente el significado de los empréstitos y el uso que de ello se hizo.

En la relación con Inglaterra se inició un fenómeno, que sería sistemático para el resto del siglo, al no proponerse los cambios sociales y económicos adecuando la política en todo lo necesario.

América Latina continuó manejando y sosteniendo su política interna insistiendo en el enfrentamiento señorial y de poderes teóricamente matizados por las ideologías liberal o conservadora, haciendo caso omiso de lo que ocurría en su derredor. En esta forma no participó del siglo XIX y menos de su fenómeno típico “el capitalismo”, gestado en el exterior y desarrollado en Europa desde principios de siglo.

Al sobrevenir la revolución industrial en los Estados Unidos y seguirse la misma política interna latinoamericana, y al acelerarse el proceso evolutivo de la industrialización de los Estados Unidos, América Latina tenía forzosamente que caer en un neocolonialismo. Por no contar con los elementos necesarios de resistencia para oponerlos a ese neocolonialismo, y a pesar de agrias experiencias anteriores en ese sentido, tuvo que aceptarlo.

Pero hubo cambios sobre todo en el ámbito latinoamericano, que no corresponden al estrato señorial político que venía desde atrás. Dentro de esos cambios se encuentra uno de los grandes fenómenos latinoamericanos consistente en la aparición de un contrapeso capaz de contrarrestar, hasta cierto punto la plataforma política señorial.

Se adquiere la impresión en este estudio de que no se ha logrado reconstruir lo que sucede en América Latina. A pesar de los muchos esfuerzos realizados, los escritores tienden a la narrativa y caen en las historias locales nacionales, de las que no parece desprenderse la historia continental que, a veces, responde a factores muy distantes de los ocurridos en nuestros suelos.

Que hubo cambios es cierto, y que esos cambios son importantes dentro de nuestras naciones también lo es. Pero el problema está en si podemos atribuirlos a la historia nacional o no.

Por más que leamos y nos acerquemos a la descripción de lo que pasó en el continente, sólo alcanzamos a distinguir la continuidad del estrato señorial en pleno manejo de la “política” por un lado y, por el otro, el mundo del neocolonialismo que, por su propia necesidad, resuelve problemas propios dentro del ámbito latinoamericano. Esto se hace a expensas de una población en la que los “señores de la política y del poder” tienen escaso interés.



Deslindados así los campos, entreveamos tres Américas Latinas que se van mostrando en el siglo XIX y que tienen sus raíces en el periodo colonial. La de la política que atiende a sus intereses de poder que, cierto es, evoluciona con el tiempo y trata de fortalecerse invocando ideologías sin contenido porque no las interpretan y porque para aplicarlas hay que contar con la otra América y ésta, la de la gran masa, empieza donde los señores ya no se interesan por la población. Esta segunda América es por su gran número la que el mundo externo usa para saciar necesidades de extracción y comercio. Con los señores, ese mundo sólo se relaciona para lograr la conformidad y actuar impunemente.

Lo más grave es que el marco significa una desnaturalización del ser de la primera América Latina, o sea la de los “señores” de la política, porque facilita el neocolonialismo que cae sobre la segunda y llega a provocar una adaptación de la América señorial a los fenómenos externos. Así, se adaptan a las fórmulas del capital, de la industria o del comercio, para evitar conflictos en sus intereses y costumbres, con los grandes industriales o los grandes capitales o comercios mundiales. Todo ello se envuelve en tesis falsas de nacionalismo debidas a que carecen del desarrollo interno que facilitaría fórmulas de aceptación del capitalismo propiamente dicho, admitiendo los cambios económicos o sociales que se hubieran requerido. De ahí que la clase media ahorrativa o el obrero consciente no se hubieran podido formar. Sólo vibraron estos grupos de masa ante peligros externos y movidos por un patriotismo defensivo al que fueron llevados por los “señores”. Pero esa situación se debió a un espíritu de supervivencia simple y no a una conciencia política en la que no se interesaron, pero tampoco a un sentimiento de identidad con sus propios grupos dirigentes.



El consentimiento de la primera América Latina a las explotaciones y concesiones de extranjeros es parte de los síntomas de adaptación de los grupos señoriales al mundo externo. En la misma forma se debe interpretar el que accedieran a congelar salarios de trabajadores y dieran seguridades de “tranquilidad” para el desarrollo de las negociaciones o empresas extranjeras. La inclinación generalizada hacia estilos arquitectónicos, modas de vestir, o el uso de los productos elaborados pertenecientes al lujo internacional, o la puesta al día de nuestras ciudades a imagen de las grandes metrópolis del mundo, sigue patentizando la tendencia que caracteriza a la primera América Latina.

De hecho la primera América Latina se puso al día con el “mundo civilizado” encajándose en él. La segunda América recibió los latigazos del progreso del capitalismo externo dentro de su propio suelo, y se mantuvo al margen de él.

La segunda América se convirtió en el instrumento de la primera y por ello cada golpe de estado esgrimió planes políticos de gran contenido social. La segunda América los apoyó pensando que se rompería la uniformidad del procedimiento normalmente utilizado. Pero al llegar el cambio de titulares políticos, la segunda América se desilusiona pronto, al ver la “normalidad” restablecida. Liberales o conservadores siguen los mismos métodos porque todos pertenecen al “poder” y al “señorío” de la primera América. Por eso, la segunda América continúa siendo la mano de obra congelada o el instrumento de la concesión y tiene, a pesar de su odio, una admiración por el extranjero único capaz de persuadir al “señor”.

Hubo también, una tercera América formada por quienes, procedentes de la primera o de la segunda, se preocuparon, pensaron y analizaron y, con frecuencia, protestaron. Durante el siglo XIX todos los países latinoamericanos presentan una pléyade de pensadores, a veces



muy brillante, que desentona con las otras dos realidades y que es, en sí, una realidad sin duda alguna. Su papel, de naturaleza muy variada, ha sido útil para señalar e inconformarse tanto con la primera como con la segunda América. La tercera ha señalado las realidades sociales, ha incorporado muchos conocimientos a estos suelos, a veces no apreciados, ha buscado soluciones de cambio, se ha convertido en revolucionaria, ha invocado ideales sociales y aun económicos pero, desedeñada por la primera y malcomprendida o ignoraba por la segunda, en ocasiones es obligada al exilio para seguir con su monólogo de protesta. Otras veces entra por la traspuerta de la primera con el fin de propiciar cambios en la política o en la economía y la sociedad. Con frecuencia la tercera América sucumbe a la política y se neutraliza, al entrar como partícipe de la primera. Se adapta a sus niveles de vida o a sus maneras y los argumentos doctrinarios e ideológicos decaen transformándose, a veces, o desapareciendo totalmente otras. En ocasiones, la tercera América ha ido en busca de labores de contenido social y se ha convertido en revolucionaria y agitadora haciéndose motivo de las represiones y de serias acusaciones, mientras otras veces se convierte en “señor” y sus componentes pierden entonces el sentido.

El juego de las tres Américas entre sí representa las fuerzas dinámicas de América Latina y la actuación de cada una proporciona las tonalidades de la evolución en lo político, en lo económico y en lo social o lo intelectual. De hecho, su actuación conjunta es la “historia de América Latina” y de no estudiarse separadas, se oscurece el cuadro de conjunto de manera notable.

Las tres Américas representan los tres ingredientes básicos del ser americano: la primera tiene en su mano la dirección y la responsabilidad de lo que ocurre. La segunda, se limita a ejecutar lo dispuesto y no participa



ni opina de su significado o del poder. La tercera tiene el estudio y la crítica de la primera.

En esta forma organizado el continente latinoamericano, podrían encontrarse balances y contrapesos frente a la política dispuesta por la primera América si se hubiera asegurado una crítica continua. Sin embargo, en la tercera América se observa una movilidad extrema porque al no contar, salvo excepciones, con los medios propios de independencia en el desarrollo de su cometido, se amoldó a la América de los dirigentes; bien porque aceptó los puestos políticos de segundo o tercer nivel que se le ofrecieron, o porque intentó llamar la atención forzando su pensamiento para justificar la política que se llevaba a cabo. En esta forma, perdió su postura crítica y se convirtió en instrumento de altas esferas.

Por otro lado, cuando se aferró a su crítica y analizó el problema crucial, el social o el de la pobreza sufrida por quienes incluimos en la segunda América, se convirtió en cabecilla de agitaciones o de subversiones y ello la hizo acreedora de todos los rigores, incluso de los ilegales. Cualquiera de las dos posturas nulificó, lógicamente, su función específica de análisis y examen de situaciones y perdió el papel que debió desarrollar.

La tercera América quedó entonces reducida a ser el albergue de científicos o de humanistas de academia, cuyos estudios y opiniones no alteraron situaciones porque, de acuerdo con la naturaleza de los mismos, rara vez tuvieron aplicabilidad inmediata. De esta manera la tercera América se autodestruyó y dejó el campo abierto a la primera, que decidió y a la segunda que obedeció con desinterés.

La segunda mitad del siglo XIX se caracterizó por la interrelación entre la primera y la segunda América. De hecho, ello se debió a sucesos que tuvieron lugar fuera del continente latino.



La trascendencia del comercio de importación y de extracción, y también la de los primeros préstamos ingleses que resultaron de la nueva política provocada por la industrialización de Inglaterra, no fue meditada lo suficiente. Se resolvieron problemas pero, también se desnaturalizó la primera América, por satisfacer el comercio y facilitar la entrada de los préstamos; también se forzaron los ritmos de producción y de consumo de la segunda América. Cabe recordar las misiones de Patrick Mackie, el inglés, y de Poinsett, el norteamericano, en México después de la independencia y el papel de los ingleses en el Cono Sur. Con ellos comenzó el neocolonialismo cuya intensidad se acrecentaría durante el resto del siglo. Durante esa época, la relación y la presión ejercida sobre la segunda América se hacía básicamente a través de la primera. Sin embargo, al volver la mitad del siglo, la guerra civil y la revolución industrial de los Estados Unidos (organizada con recursos y experiencia de la revolución industrial inglesa), plantearon mayores exigencias para los latinoamericanos.

Ese desarrollo aumentó las necesidades de materias primas, abundaron los productos elaborados y finalmente volcó el capital que saturaba a la nación entre los años de 1870 a 1890 en el exterior.

Así se proyectó el comercio y la inversión norteamericana hacia el exterior, con destino específico hacia América Latina por la cercanía, por las condiciones sociales y económicas que prevalecían, y, también, para aprovechar la preparación política que desde principios de siglo se hizo a través de las manifestaciones del *Destino Manifiesto* y de la *Doctrina Monroe*, que se extendió en este aspecto a través de sus corolarios.

Los Estados Unidos que se presentaron en la primera mitad del siglo con un instrumento de conquista y de expansión territorial ante Latinoamérica cambiaron el

instrumento de conquista territorial por la expansión económica que les facilitaba su nueva organización.

La expansión puede interpretarse como intervención y así lo hacen la mayoría de los autores. Pero debe tenerse en cuenta que se hizo posible por la convivencia de la primera América que, mientras el extranjero invertía bienes elaborados y capital, ella ponía a su disposición los esfuerzos de la segunda y daba la garantía de su propia política. Por esta razón se estabilizan las formas políticas y sociales latinoamericanas en el poder. Por un lado se perpetuaron las dictaduras, y por el otro se congelaron salarios y se impidió la movilidad de la población trabajadora. Por último, se facilitó el crecimiento de las ciudades en torno a las actividades económicas, a las obras de remodelación de las mismas y a las unidades de preparación de materias primas que se crearon.

Surgieron en consecuencia los servicios de transporte, los urbanos y los ferrocarriles, pero todo en función de las necesidades de la exportación y de la importación o de la vida cotidiana cómoda y moderna de la primera América, ello ocurrió tanto en las ciudades como en el campo y por ello también florecieron las grandes haciendas.

A la vez que la cara citadina y los centros hacendarios campesinos evolucionaron y se equipararon a las comodidades de las grandes ciudades mundiales en beneficio de la primera América, la segunda siguió al servicio de la primera en el campo y en la ciudad, se le trató de “tú” con demasiada frecuencia de manera despectiva, o se le puso al servicio de las entidades pseudointindustriales o de las grandes compañías inversionistas por acuerdo de la primera, que los consideró a la disposición.

Es por lo antecedente que los salarios se congelaron y que se garantizó un ambiente de orden que justificaron los positivistas amañando incluso su propio lema “paz, orden y progreso”, en vez de “paz, orden y libertad”. La



tercera América colaboró con la primera, y con ello desvirtuó totalmente su papel.

LA PRIMERA AMÉRICA

1. *Su desnaturalización*

El fenómeno de desnaturalización de la primera América es uno de los más importantes que tuvieron lugar. Se presenta de manera paulatina y se intensifica a medida que el siglo avanza. Es conveniente regresar cronológicamente para ver el problema en proceso creciente y desde un principio.

Las repúblicas agrarias latinoamericanas, que heredaron la administración del imperio español consideraron que la abundancia de habitantes simbolizaba también la grandeza pues, mientras mayor era el número de los habitantes, mayor sería también el poder y la riqueza.

Puesto que la población es la base de la industria y la piedra angular de la felicidad de los Estados, rezaba el decreto promulgado el 4 de septiembre de 1812 por el triunvirato de Río de la Plata que abrió la compuerta de la inmigración. Se entendía que, por los aumentos de la población que tuvieron lugar al final de la colonia, América Latina había sobrepasado la falta de mano de obra que la acongojó. En algunos lugares se movieron los pobladores hacia áreas más fértiles que las que venían ocupando. En otros confines americanos, sin embargo, la escasez de la producción retenía el aumento de los habitantes que no estaban distribuidos de manera conveniente, aun cuando, en términos generales, se dijera que escaseaba en el ámbito continental.

El desempleo no pudo siempre desplazarse con facilidad a donde se requería para obtener trabajo porque las comunicaciones se lo impidieron. Sólo de manera ocasional